

LAS MÚLTIPLES CORONAS DEL SALVADOR

Volumen 1 – Sermón No. 281

Traducción: estudialapalabra.org

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO

30 DE OCTUBRE DE 1859,

POR CHARLES HADDON SPURGEON,

EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS

“y había en su cabeza muchas diademas”

Salmos 1:4

Ah, bien sabes de qué cabeza se trataba, y no has olvidado su maravillosa historia. Una cabeza que en su infancia se reclinó sobre el pecho de una mujer. Una cabeza que se inclinó mansamente en obediencia a un carpintero. Una cabeza que en años posteriores se convirtió en una fuente de agua y en un depósito de lágrimas. Una cabeza que "sudaba como grandes gotas de sangre que caían al suelo". Una cabeza que fue escupida y cuyos cabellos fueron arrancados. Una cabeza que al final, en la lúgubre agonía de la muerte, coronada de espinas, emitió el terrible grito de muerte: ¡lama sabactani! Una cabeza que después durmió en el sepulcro, y gloria a Aquel que vive y estuvo muerto, pero que vive por los siglos de los siglos, una cabeza que después se levantó de nuevo de la tumba, y miró con ojos radiantes de amor a las santas mujeres que esperaban en el sepulcro.

Esta es la cabeza de la que habla Juan en las palabras del texto. Quién hubiera pensado que una cabeza, cuyo rostro estaba más desfigurado que el de cualquier otro hombre, una cabeza que sufrió más las tempestades del cielo y de la tierra que cualquier otra frente mortal, debería estar ahora rodeada de estas diademas, de estas coronas tachonadas de estrellas.

Hermanos míos, es necesario que el mismo Juan os exponga esta gloriosa visión. Desgraciadamente, mis ojos no han visto aún la gloria celestial, ni mis oídos han oído el canto celestial, por lo que no soy más que un niño pequeño entre montañas desiertas, sobrecogido por la grandeza y mudo de asombro. Orad por mí para que pueda pronunciar algunas palabras que el Espíritu Santo pueda aplicar cómodamente a vuestras almas, porque si Él no me ayuda, estoy verdaderamente desamparado.

Con su divina ayuda, me atrevo a contemplar las gloriosas diademas de nuestro Señor y Rey. Las coronas sobre la cabeza de Cristo son de tres clases. Primero, están las coronas de los dominios, muchas de las cuales están sobre Su cabeza. Luego están las coronas de victoria,

que Él ha ganado en muchas terribles batallas. Luego están las coronas de acción de gracias con las que Su iglesia y todo Su pueblo se han deleitado en coronar Su maravillosa cabeza.

I. Primero, entonces, que cada ojo creyente mire a través de la densa oscuridad y contemple a Jesús sentado este día en el trono de Su Padre, y que cada corazón se regocije mientras ve las muchas CORONAS DE DOMINIO sobre Su cabeza.

Ante todo, en Su frente resplandece la diadema eterna del Rey del cielo. Suyos son los ángeles. Los querubines y serafines entonan continuamente Sus alabanzas. A Su orden, el espíritu más poderoso se deleita en volar y llevar Sus órdenes a los mundos más distantes. No tiene más que hablar y se hace. Se le obedece alegremente y reina majestuosamente. Sus altas cortes están atestadas de espíritus santos que viven de Su sonrisa, que beben la luz de Sus ojos, que toman prestada la gloria de Su majestad. No hay espíritu en el cielo tan puro que no se incline ante Él, ni ángel tan brillante que no cubra su rostro con sus alas cuando se acerca a Él.

Sí, además, los muchos espíritus redimidos, se deleitan en inclinarse ante Él, día sin noche circundan

su trono, cantando: "Digno es el que fue inmolado y nos redimió de nuestros pecados con su sangre, honor, y gloria, y majestad, y poder, y dominio, y fuerza, sean para el que está sentado en el trono, y para el Cordero por los siglos de los siglos".

¡Ser Rey del cielo era sin duda suficiente! Los antiguos acostumbraban a dividir el cielo, la tierra y el infierno en muchas monarquías, y asignar cada una de ellas a distintos reyes, y ciertamente el cielo era un imperio lo suficientemente grande incluso para un Espíritu infinito. Cristo es Señor de todas sus llanuras ilimitadas. Él puso las piedras preciosas sobre las que se edificó esa ciudad que tiene cimientos, cuyo constructor y hacedor es Dios, Él es la luz de esa ciudad, Él es la alegría de sus habitantes, y es su vida de amor rendirle honor por siempre.

Junto a esta brillante corona, he aquí otra. Es la corona de hierro del infierno, pues allí Cristo reina supremo. No sólo en el deslumbrante resplandor del cielo, sino en la negra e impenetrable oscuridad del infierno, se siente su omnipotencia y se reconoce su soberanía; las cadenas que atan a los espíritus condenados son las cadenas de su fuerza; los fuegos que queman son los fuegos de su venganza; los rayos ardientes que abrasan sus globos oculares y derriten su mismo corazón, salen de su ojo vengativo. No hay más poder en el infierno que el Suyo. Los mismos demonios conocen su poder. Él encadena al gran dragón. Si le da una libertad temporal, la cadena está en su mano, y puede hacer que retroceda para que no sobrepase su límite.

El infierno tiembla ante Él. Los mismos aullidos de los espíritus perdidos no son sino profundas notas de bajo de Su alabanza. Mientras que en el cielo las notas gloriosas gritan su

bondad, en el infierno los gruñidos profundos hacen resonar su justicia y su victoria segura sobre todos sus enemigos. Así, Su imperio es más alto que el más alto cielo, y más profundo que el más bajo infierno.

Esta tierra también es una provincia de Sus amplios dominios. Aunque pequeño el imperio comparado con otros, sin embargo de este mundo ha derivado tal vez más gloria que de cualquier otra parte de Sus dominios. Él reina en la tierra. Sobre Su cabeza está la corona de la creación, "Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho". Su voz dijo: "Sea la luz", y fue la luz. Fue Su fuerza la que amontonó las montañas, y Su sabiduría equilibra las nubes.

Él es el Creador. Si alzas la vista a las altas esferas y contemplas esos mundos estrellados, Él los hizo. No son creados por Él mismo. Él los arrancó como chispas del yunque de Su Omnipotencia, y allí resplandecen, sostenidos y apoyados por Su poder.

Él hizo la tierra y a todos los hombres que están sobre ella, al ganado sobre mil colinas y a las aves que alegran el aire. Suyo es el mar, y Él también lo hizo. Él formó al Leviatán, y aunque ese monstruo hace envejecer las profundidades, no es más que una criatura de su poder.

Junto con esta corona de la creación hay otra más, la corona de la providencia, pues Él sostiene todas las cosas con la palabra de su poder. Todo dejaría de existir si no fuera por la continua emanación de su fuerza. La tierra moriría, el sol se oscurecería con la edad, y la naturaleza se hundiría con los años, si Cristo no la proveyera de una fuerza perpetua. Él envía las ráfagas aullantes del invierno, Él, al poco tiempo, las refrena y sopla el aliento de la primavera, Él madura los frutos del verano y alegra el otoño con Su cosecha.

Todas las cosas conocen Su voluntad. El corazón del gran universo late por Su poder, el mismo mar deriva su marea de Él. Si Él retira sus manos, los pilares de la tierra temblarán, las estrellas caerán como hojas de higuera del árbol, y todas las cosas se apagarán en la negrura de la aniquilación.

Sobre Su cabeza está la corona de la providencia. Y junto a ella resplandece también la corona tres veces gloriosa de la gracia. Él es el Rey de la gracia, Él da o retiene. El río de la misericordia de Dios fluye desde debajo de Su trono, Él se sienta como Soberano en la dispensación de la misericordia.

Él tiene la llave del cielo, Él abre y nadie cierra, Él cierra y nadie abre, Él llama y el corazón obstinado obedece, Él quiere y el espíritu rebelde dobla sus rodillas, porque Él es el Maestro de los hombres, y cuando Él quiere bendecir, nadie puede rechazar la bendición. Él reina en Su iglesia en medio de espíritus dispuestos, y Él reina para Su iglesia sobre todas las naciones

del mundo, para que Él pueda reunir a Sí mismo un pueblo que ningún hombre puede contar que se inclinará ante el cetro de Su amor.

Me detengo aquí, sobrecogido por la majestad del tema, y en lugar de intentar describir esa frente y esas relucientes coronas, haré el papel de un serafín, me inclinaré ante esa cabeza bien coronada y exclamaré: "¡Santo, santo, santo, eres tú, Señor Dios de los ejércitos! Las llaves del cielo, de la muerte y del infierno cuelgan de tu cintura; tú eres Ssaulypardeomr o, y a ti sea la gloria por los siglos de los siglos".

Y ahora, hermanos míos, ¿qué decís a esto? ¿No se agitan de inmediato diversos pensamientos en sus corazones? Me parece oír que alguno dice: "Si esto es así, si Cristo tiene estas muchas coronas de dominio, ¿cuán vano es que yo me rebele contra Él!" Oyentes míos, puede ser que algunos de ustedes estén luchando contra Cristo. Como Saulo de Tarso, te has vuelto "muy loco" contra Él. Tu esposa frecuenta la casa de Dios, y tú se lo prohíbes. Persigues a tu hija porque sigue a Jesús. Odias el mismo nombre de Cristo, maldices a Sus siervos, desprecias Su Palabra. Si pudieras, escupirías sobre Sus ministros, y quizás, quemarías a Su pueblo.

Sabed esto, que habéis emprendido una batalla en la que estáis seguros de la derrota. ¿Quién ha luchado contra Él y ha prosperado? Ve, oh hombre, y lucha contra el relámpago, y sostén el rayo en tu mano, ve y refrena el mar, y acalla las olas, y sujeta los vientos en el hueco de tu mano, y cuando hayas hecho esto, entonces levanta tu débil mano contra el Rey de reyes. Porque Aquel que fue crucificado es vuestro Maestro, y aunque os opongáis a Él no tendréis éxito. En tu mayor malicia, serás derrotado, y la vehemencia de tu ira no hará sino volver sobre tu propia cabeza.

Creo ver en este día a las multitudes de enemigos de Cristo. Se levantan, toman consejo juntos: "Romparamos en pedazos sus ataduras; arrojemos lejos de nosotros sus cuerdas". ¿Escuchad, oh rebeldes, esa risa profunda? Desde la espesa oscuridad de Su tabernáculo, Jehová se ríe de vosotros. Se burla de vosotros. Dice: "He puesto a mi Rey sobre mi santo monte de Sión".

Venid, enemigos de Cristo, y sed despedazados. Venid con vuestra fuerza más vehemente, y caed como las olas que se rompen contra la roca inamovible. Él gobierna y gobernará, y un día se os hará sentir Su poder. Porque "ante el nombre de Jesús se doblará toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra".

Otro pensamiento, lleno de consuelo, surge en mi mente. Creyente, mira hoy a la cabeza tres veces coronada de Cristo y consuélate. ¿Está la providencia contra ti? Corrige tu discurso, te has equivocado, Dios no se ha convertido en tu enemigo. La providencia no está contra ti, pues Jesús es su Rey, Él pesa sus pruebas y cuenta sus tempestades. Tus enemigos podrán luchar, pero no prevalecerán contra ti; Él los herirá en el pómulo.

¿Estás pasando por el fuego? El fuego es el dominio de Cristo. ¿Estás atravesando las inundaciones? No te ahogarán, pues hasta las inundaciones obedecen a la voz del Mesías Omnipotente. Dondequiera que seas llamado, no podrás ir donde no reine el amor de Jesús.

Ponte en sus manos. Por oscura que sea tu circunstancia, Él puede despejar tu camino. Aunque la noche te rodee, Él seguramente traerá el día. Sólo confía en Él, deja tus preocupaciones pequeñas y grandes en Sus manos Todopoderosas, y verás cuán bondadoso es Su corazón, cuán fuerte es Su mano para sacarte y glorificarte. Deposita tu confianza en Aquel que es el Rey de reyes.

Venid, traed cada uno vuestras cargas a Sus pies, y llevad una canción. Si vuestros corazones son pesados traedlos aquí, el cetro dorado puede aligerarlos. Si vuestras penas son muchas, contadlas a Sus oídos, Sus ojos amorosos pueden dispersarlas, y a través de la densa oscuridad brillará una luz resplandeciente, y veréis Su rostro y sabréis que todo está bien.

Estoy seguro de que no hay doctrina más deliciosa para un cristiano que la de la soberanía absoluta de Cristo. Me alegra que no exista tal cosa como el azar, que nada se deje a sí mismo, sino que Cristo gobierne en todas partes. Si pensara que hay un demonio en el infierno que Cristo no gobierna, temería que ese demonio me destruyera. Si pensara que hay una circunstancia en la tierra que Cristo no gobierna, temería que esa circunstancia me arruinara.

Es más, si hubiera un ángel en el cielo que no fuera uno de los súbditos de Jehová, temblaría incluso ante él. Pero puesto que Cristo es Rey de reyes, y yo soy su pobre hermano, uno a quien Él ama, le entrego todas mis preocupaciones a Él, porque Él cuida de mí, y apoyada en su pecho, mi alma tiene pleno reposo, confianza y seguridad.

II. Y ahora, en segundo lugar, Cristo tiene muchas CORONAS DE VICTORIA.

Las primeras diademas que he mencionado son Suyas por derecho. Él es el Hijo unigénito y bien amado de Dios, y por lo tanto hereda dominios ilimitados. Pero visto como Hijo del Hombre, la conquista le ha engrandecido, y su propia diestra y su santo brazo le han ganado el triunfo.

En primer lugar, Cristo tiene una corona que ruego que cada uno de vosotros pueda llevar. Tiene una corona de victoria sobre el mundo. Porque así dice Él mismo: "Tened buen ánimo, yo he vencido al mundo". ¿Alguna vez pensaron en la dura batalla que Cristo tuvo que librar con el mundo? El mundo dijo primero: "Lo extinguiré, no será conocido", y arrojó sobre Cristo montones de pobreza para que allí fuera sofocado. Pero Él resplandecía en Su pobreza, y la túnica sin costuras brillaba con mayor luz que la túnica del rabino.

Entonces el mundo lo atacó con sus amenazas. A veces lo arrastraban hasta la cima de una colina para arrojarlo de cabeza, en otras ocasiones tomaban piedras para apedrearlo. Pero Aquel a quien la pobreza no debía ocultar, no debía ser apagado con amenazas.

Y entonces el mundo probó sus encantos, vino con un rostro hermoso y le presentó una corona. Ellos habrían tomado a Cristo y lo habrían hecho rey, pero a Él, que no le importaban sus coronas, no le importaron sus sonrisas. Le quitó la corona, no vino a ser rey sino a sufrir y a morir. "Mi reino no es de este mundo", dijo Él, "si no, mis siervos lucharían".

¿Has pensado alguna vez cómo a lo largo de treinta años el mundo tentó a Cristo? La tentación del diablo en el desierto no fue la única que tuvo que soportar. El mundo vació su aljaba y disparó todas sus flechas contra el pecho del inmaculado Redentor, pero Él fue todo santidad e ileso.

Aún separado de los pecadores, caminó entre ellos sin contaminarse; festejó entre ellos y, sin embargo, no sancionó su glotonería; bebió con ellos y, sin embargo, no fue un borracho; actuó como ellos actuaron en todas las cosas inocentes, y fue el hombre del mundo y, sin embargo, no fue un hombre del mundo. Estaba en el mundo, pero no era de él; separado, y sin embargo uno de ellos; unido a nuestra raza por los lazos más estrechos, y sin embargo siempre separado y distinguido de toda la humanidad.

Ojalá, hermanos míos, pudiéramos imitar a Cristo en nuestra lucha contra el mundo. Pero, por desgracia, el mundo a menudo nos domina. A veces cedemos a sus sonrisas, y a menudo temblamos ante sus ceños fruncidos. Ten esperanza y valor, creyente, sé cómo tu Maestro, sé el enemigo del mundo y véncelo, no cedas, no permitas que nunca atrape tus pies vigilantes. Mantente erguido en medio de toda su presión, y no te dejes mover por todos sus encantos. Cristo hizo esto, y por eso alrededor de Su cabeza está esa derecha corona real de victoria, trofeo de triunfo sobre todas las fuerzas del mundo.

Además, la siguiente corona que lleva es la corona con la que ha vencido al pecado. El pecado ha sido más que un rival para criaturas de todo tipo. El pecado luchó contra los ángeles y cayó la tercera parte de las estrellas del cielo. El pecado desafió al perfecto Adán y pronto lo venció, pues incluso al primer golpe cayó. El pecado tuvo una dura contienda con Jesús nuestro Señor, pero en Él encontró su amo. El pecado vino con todas sus tentaciones, pero Cristo resistió y venció. Vino con su horror y con su maldición, Cristo sufrió, Cristo soportó, y así destruyó su poder. Llevó los dardos envenenados de la maldición a su propio corazón, y allí apagó sus fuegos envenenados derramando su propia sangre.

Mediante el sufrimiento, Cristo se ha convertido en amo del pecado. El cuello del dragón está ahora bajo Sus pies. No hay tentación que no haya conocido y, por lo tanto, no hay pecado que no haya vencido. Ha derribado toda forma de maldad, y ahora es más que vencedor por sus gloriosos sufrimientos.

Oh, hermanos míos, qué brillante es la corona que merece Aquel que ha quitado para siempre nuestro pecado con el sacrificio de Sí mismo. Mi alma embelesada contiene mi voz, y una vez más me inclino ante Su trono y adoro, en espíritu, a mi sangrante Rescate, a mi

sufriente Salvador.

Y además, Cristo lleva sobre su cabeza la corona de la muerte. Murió, y en esa hora terrible venció a la muerte, desvalijó el sepulcro, partió la piedra que guardaba la boca de la tumba, cortó a la muerte en pedazos y destruyó al archidestructor. Cristo agarró los miembros de hierro de la muerte y los hizo polvo en su mano. La muerte balanceaba su cetro sobre todos los cuerpos de los hombres, pero Cristo ha abierto la puerta de la resurrección para Sus redimidos, y en aquel día en que Él ponga la trompeta en Sus labios y toque el soplo de la resurrección, entonces se verá cómo Cristo es Monarca universal sobre todos los dominios de la muerte, pues así como el Señor nuestro Salvador resucitó, así deben hacerlo todos Sus seguidores.

Y además, Cristo no sólo es Señor del mundo, Rey del pecado y Rey de la muerte, sino que también es Rey de Satanás. Se enfrentó a ese archienemigo pie a pie. Temerosa fue la lucha, pues nuestro Campeón sudó por así decirlo, grandes gotas de sangre cayendo al suelo, pero se abrió camino a la victoria a través de Su propio cuerpo, a través de las agonías de Su propia alma. Desesperado fue el encuentro. Cabeza y manos, pies y corazón fueron heridos, pero el Salvador no rehuyó la lucha. Desgarró al león del abismo como si fuera un cabrito, y despedazó la cabeza del dragón.

Satanás mordisqueaba el talón de Cristo, Cristo lo pisoteó y le aplastó la cabeza. Ahora Jesús ha llevado cautiva la cautividad, y es Señor sobre todas las huestes del infierno. Gloriosa es esa victoria. Los ángeles repiten la melodía triunfante, Sus redimidos entonan el cántico, y ustedes, hijos de Adán comprados con sangre, alábenlo también, pues Él ha vencido todo el mal del mismo infierno.

Y sin embargo, una vez más, otra corona tiene Cristo, y es la corona de la victoria sobre el hombre. Quiera Dios, oyentes míos, que Él llevara una corona por cada uno de ustedes. Qué duro trabajo es luchar con el corazón malvado del hombre. Si deseas que haga el mal, pronto puedes vencerlo; pero si quieres vencerlo con el bien, ¡cuán dura es la lucha! Cristo quiso tener el corazón del hombre, pero el hombre no quiso dárselo. Cristo lo probó de muchas maneras, lo cortejó, pero el corazón del hombre era duro y no se derretía. Moisés vino y dijo: "Maestro mío, déjame intentar abrir el corazón del hombre", y usó el fuego, y el torbellino, y el martillo de Dios, pero el corazón no se quebraba, y el espíritu no se abría a Cristo.

Entonces vino Cristo y dijo: "Corazón duro, te ganaré, oh, alma helada, te derretiré". Y el alma dijo: "No, Jesús, te desafío". Pero Cristo dijo: "Yo lo haré". Y Él vino una vez al pobre Corazón Duro, y trajo Su cruz con Él. "Mira, Corazón duro," dijo Él, "Yo te amo, aunque tú no me amas, sin embargo, Yo te amo, y en prueba de esto, mira aquí, Yo colgaré en esta cruz."

Y mientras Corazón Duro miraba, de repente unos hombres feroces clavaron al Salvador en el madero. Sus manos fueron traspasadas, Su alma se desgarró en agonía, y mirando al Corazón-duro, Jesús dijo: "Corazón-duro, ¿no me amas? Te amo, te he redimido de la muerte;

aunque me aborrezcas, moriré por ti; aunque me des coces, te llevaré a mi trono".

Y el Corazón Duro dijo: "Jesús, no puedo soportarlo más, me rindo a Ti, Tu amor me ha vencido, oh, yo sería Tu súbdito para siempre, sólo acuérdate de mí cuando vengas a Tu reino, y déjame ser contado con Tus súbditos ahora y para siempre".

Oyentes míos, ¿os ha vencido Cristo alguna vez? Dime, ¿ha sido Su amor demasiado para ti? ¿Se han visto obligados a renunciar a sus pecados, cortejados por Su amor divino? ¿Se te han llenado los ojos de lágrimas al pensar en Su afecto por ti y en tu propia ingratitud? Yo, el más negro de los pecadores, lo he despreciado, he dejado de leer Su Biblia, he pisoteado Su sangre, y, sin embargo, Él murió por mí, y me amó con amor eterno". Seguramente, esto te ha hecho doblar la rodilla, esto ha hecho llorar a tu espíritu...

"Oh, gracia soberana mi corazón subyuga; yo también seré conducido en triunfo,
Cautivo voluntario de mi Señor, Para cantar los triunfos de Su Palabra".

Si este es tu caso, entonces puede que tú mismo reconozcas una de las muchas coronas que hay sobre Su cabeza.

III. Ahora, esto me lleva al tercer punto, y les pido encarecidamente sus oraciones, para que, débil como soy esta mañana, pueda ser ayudado mientras me esfuerzo por reflexionar sobre este dulce tema.

Estoy predicando en mi propio espíritu contra viento y marea. Hay momentos en que uno predica con placer y deleite, disfrutando de la Palabra, pero ahora no puedo conseguir nada para mí, aunque os esté dando algo. Orad por mí, para que a pesar de todo la Palabra sea bendecida, para que en mi debilidad aparezca la fuerza de Dios.

El tercer encabezado trata de las CORONAS DE AGRADECIMIENTO.

Ciertamente, respecto a ellos bien podemos decir: "En su cabeza hay muchas coronas". En primer lugar, todos los poderosos hacedores en la iglesia de Cristo le atribuyen a Él su corona. Qué corona tan gloriosa es la que llevará Elías, el hombre que fue a Acab, y cuando Acab le dijo: "¿Me has encontrado, enemigo mío?", lo reprendió en su propia cara, el hombre que tomó a los profetas de Baal, y no dejó escapar a ninguno de ellos, sino que los cortó en pedazos y los hizo sacrificio a Dios. ¡Qué corona llevará el que subió al cielo en un carro de fuego!

Qué corona, de nuevo, pertenece a Daniel, salvado del foso de los leones: Daniel, el ferviente profeta de Dios. ¡Qué corona será la que brillará sobre la cabeza del lloroso Jeremías, y del elocuente Isaías!

¡Qué coronas serán las que reposarán sobre las cabezas de los apóstoles! ¡Qué diadema de peso es la que recibirá Pablo por sus muchos años de servicio!

Y entonces, amigos míos, ¡cómo resplandecerá la corona de Lutero, y la corona de Calvino, y qué noble diadema será la que lucirá Whitefield, y todos aquellos hombres que tan valientemente han servido a Dios, y que con su poder han puesto en fuga a los ejércitos de los alienígenas, y han mantenido erguido el estandarte del Evangelio en tiempos turbulentos!

No, pero permítanme señalarles una escena. Elías entra en el cielo, y ¿adónde va con esa corona que es puesta instantáneamente sobre su cabeza? Mirad, vuela hasta el trono, y agachándose allí, se quita la corona: "No a mí, no a mí, sino a tu nombre sea toda la gloria". Ved cómo los profetas, uno tras otro, sin excepción, ponen sus coronas sobre la cabeza de Cristo. Y observen a los apóstoles, y a todos los poderosos maestros de la iglesia, todos ellos se inclinan allí y arrojan sus coronas a Sus pies, quien, por Su gracia, les permitió ganarlas.

"Les pregunto de dónde vino su victoria; Ellos, con aliento unido, Atribuyan su triunfo al Cordero, Su conquista a SU MUERTE".

No sólo lo hacen los poderosos hacedores, sino también los poderosos sufrientes. Qué brillantes son las coronas de rubí de los santos mártires. Desde la hoguera, desde la horca, desde el fuego, ascendieron hasta Dios, y entre los brillantes son doblemente brillantes, los más hermosos de la poderosa hueste que rodea el trono del Bendito. ¡Qué coronas llevan!

Debo confesar que a menudo los he envidiado. Es una cosa feliz vivir en días pacíficos, pero aunque feliz, no es honorable. ¡Cuánto más honorable habría sido morir como Lorenzo, asado a la parrilla en aquella parrilla ardiente, o atravesado por lanzas, con todos los huesos dislocados en el potro! Noble manera de servir a Cristo, haber permanecido tranquilamente en medio de las hogueras, y haber batido palmas y exclamado: "¡Todo lo puedo, hasta dar mi cuerpo para ser quemado por amor de su amado nombre!". ¡Qué coronas son esas que llevan los mártires!

Un ángel podría sonrojarse al pensar que su dignidad era tan pequeña comparada con la de aquellos jinetes en carros de fuego. ¿Dónde están todas esas coronas? En la cabeza de Cristo. Ningún mártir lleva su corona, todos ellos toman sus coronas rojas como la sangre, y luego las colocan sobre Su frente: la corona de fuego, la corona del potro, allí las veo brillar a todas. Porque fue Su amor el que los ayudó a soportar, fue por Su sangre que vencieron.

Y luego, hermanos, piensen en otra lista de coronas. Los que enseñan la justicia a muchos resplandecerán como las estrellas por los siglos de los siglos. Hay algunos hombres a quienes Dios ha capacitado para hacer mucho por la iglesia y mucho por el mundo. Ellos gastan y son gastados. Sus cuerpos no conocen el descanso, sus almas no descansan. Como carros instintos de vida, o arrastrados por jinetes invisibles pero resistentes, vuelan de deber en deber, de trabajo en trabajo.

Qué coronas serán las tuyas cuando se presenten ante Dios, cuando las almas que han salvado entren con ellos en el paraíso, y cuando digan: "¡Aquí estoy yo y los hijos que me has dado!". ¡Qué gritos de aclamación, qué honores, qué recompensas recibirán entonces los vencedores de almas!

¿Qué harán con sus coronas? Se las quitarán de la cabeza y las depositarán allí donde está sentado el Cordero en medio del trono. Allí se inclinarán y clamarán: "Jesús, nosotros no fuimos los salvadores, Tú lo hiciste todo, nosotros no fuimos más que Tus siervos. La victoria no nos pertenece a nosotros sino a nuestro Maestro. Nosotros cosechamos, pero Tú sembraste, nosotros echamos la red, pero Tú la llenaste. Y nuestro éxito se logra por Tu fuerza, y por el poder de Tu gracia". Bien puede decirse de Cristo: "Sobre su cabeza hay muchas coronas".

Pero mira, otra hueste se acerca. Veo una compañía de espíritus querúbicos volando hacia Cristo, ¿y quiénes son éstos? No los conozco. No están contados entre los mártires, no leo sus nombres entre los apóstoles, ni siquiera los distingo como inscritos entre los santos del Dios viviente. ¿Quiénes son éstos?

Pregunto a uno de ellos: "¿Quiénes sois, espíritus brillantes y centelleantes?". El líder responde: "Somos la gloriosa miríada de infantes, que componemos la familia de arriba. Nosotros, de los pechos de nuestra madre huimos directamente al cielo, redimidos por la sangre de Cristo. Fuimos lavados de la depravación original, y hemos entrado en el cielo. De todas las naciones de la tierra hemos venido, desde los días del primer infante hasta el final de la historia de la tierra, en bandadas hemos venido aquí como palomas a sus ventanas".

"¿Cómo habéis venido aquí, pequeños?" Responden: "Por la sangre de Cristo, y venimos a coronarle Señor de todo". Veo a la innumerable multitud rodear al Salvador, y volando hacia Él, cada uno pone su corona sobre Su cabeza, y entonces comienza a cantar de nuevo más fuerte que antes.

Pero allá veo otra compañía siguiéndolos. "¿Y quiénes sois vosotros?" La respuesta es: "Nuestra historia en la tierra es todo lo contrario de la historia de esos espíritus brillantes que nos han precedido. Vivimos en la tierra durante sesenta, o setenta, u ochenta años, hasta que nos tambaleamos en nuestras tumbas por la propia debilidad, cuando morimos no había médula en nuestros huesos, nuestro cabello había crecido gris, y estábamos crujientes y secos por la edad."

"¿Cómo habéis llegado hasta aquí?" Responden: "Después de muchos años de lucha con el mundo, de pruebas y de problemas, entramos por fin en el cielo". "Y tenéis coronas, por lo que veo". "Sí", dicen, "pero no pensamos ponérmolas". "¿Adónde vais, entonces?" "Vamos a aquel trono, porque nuestras coronas nos han sido dadas seguramente por la gracia, pues nada sino la gracia podría habernos ayudado a capear el temporal tantos, tantos años".

Veo a los graves y reverendos padres pasar uno a uno ante el trono, y allí depositan sus coronas a Sus benditos pies, y luego gritando con la muchedumbre infantil, claman: "Salvación al que está sentado en el trono, y al Cordero por los siglos de los siglos".

Y entonces veo detrás de ellos otra clase. ¿Y quiénes son ustedes? Su respuesta es: "Somos los primeros pecadores, salvados por gracia". Y aquí vienen Saulo de Tarso, Manasés, y Rahab, y muchos de la misma clase. "¿Y cómo habéis venido aquí?" Responden: "Se nos ha perdonado mucho, éramos graves pecadores, pero el amor de Cristo nos reclamó, la sangre de Cristo nos lavó, y somos más blancos que la nieve, aunque una vez fuimos negros como el infierno". "¿Y a dónde vais?" Ellos responden: "Vamos a arrojar nuestras coronas a sus pies, y a 'Coronarlo SEÑOR de todo'".

Entre esa multitud, mis queridos oyentes, espero que me toque estar. Lavado de muchos pecados, redimido por sangre preciosa, feliz será ese momento, cuando me quite la corona de la cabeza, y la ponga sobre la cabeza de Aquel a quien no habiendo visto amo, pero en quien creyendo, me regocijo con gozo indecible y lleno de gloria. Y es un pensamiento feliz para mí, esta mañana, que muchos de ustedes irán conmigo allí.

Vengan hermanos y hermanas, en unos pocos años más, muchos de nosotros que nos hemos reunido domingo tras domingo en este Music Hall, caminaremos en una banda, y sin excepción, ustedes santos de Dios, estoy persuadido que estaremos preparados allí para deponer todos nuestros honores, y atribuirle a Él la gloria por los siglos de los siglos.

"Ah, pero" dice Little-faith, "me temo que nunca entraré en el cielo, y por lo tanto nunca le coronaré". Sí, pero Poca fe, ¿sabes que una de las coronas más ricas que Cristo jamás lleva, y una de las más brillantes que adornan Su frente, es la corona que Poca fe se pone sobre Su cabeza? Porque la poca fe, cuando llegue al cielo, dirá: "¡Oh, qué gracia me ha sido mostrada, que, aunque el más mezquino de la familia, aún he sido guardado, aunque el menor de todos los santos, sin embargo, el infierno no ha prevalecido contra mí, aunque más débil que el más débil, sin embargo, como mis días, así ha sido mi fuerza!".

¿No será grande tu gratitud? ¿No será fuerte tu cántico, cuando acercándote a sus amados pies, deposites allí tus honores y exclames: "Bendito sea Jesús, que ha guardado mi pobre alma en todos sus peligros, y me ha traído sano y salvo al fin a sí mismo"? "Sobre su cabeza había muchas coronas".

No puedo predicar más, pero debo hacerles esta pregunta, mis queridos oyentes: ¿Tenéis hoy una corona que poner sobre la cabeza de Jesucristo? "Sí", dice uno, "la tengo. Debo coronarlo por haberme librado de mi última gran angustia". "Debo coronarlo", dice otro, "porque ha mantenido mi ánimo cuando estaba a punto de desesperar". "Debo coronarlo", dice otro, "porque me ha coronado de misericordia y de entrañable misericordia".

Me parece ver a alguien allá que dice: "Ojalá pudiera coronarlo. Si Él me salvara, yo lo coronaría. Ah, si Él se entregara a mí, con gusto me entregaría a Él. Soy demasiado despreciable y demasiado vil". No, hermano mío, pero ¿dice tu corazón: "Señor, ten misericordia de mí"? ¿Anhela ahora tu alma el perdón y el indulto por medio de la sangre de Cristo? Entonces acércate audazmente a Él este día y dile: "Jesús, yo soy el primero de los pecadores, pero confío en Ti".

Y al decir esto, pondrás sobre su cabeza una corona que alegrará su corazón, como el día en que su madre lo coronó en el día de sus desposorios. Haz que éste sea el día de tus desposorios con Él. Tómallo como tu todo en todo, y entonces podrás mirar este texto con placer y decir: "Sí, sobre Su cabeza hay muchas coronas, y he puesto una allí, y pondré otra allí dentro de poco".

Dios añada su bendición, ¡por Jesús! Amén.

EstudiaLaPalabra.org